

Capítulo uno

Un mes atrás

Por el modo en que Corazón Bautista está aferrada a su rosario se la podría confundir con una mujer religiosa. Toda la gente en la sala de espera de la agencia Mucamas Alegres mira la pantalla de su teléfono o al frente, pero Cora –con los ojos cerrados y los labios moviéndose– parece estar teniendo un momento espiritual.

La verdad: lo sostiene solo porque descubrió una costura abierta en su cartera y no quiere que se le caigan las cuentas por ahí. Así es como una vez perdió un anillo de oro. Lo último que se le pasa por la cabeza es una plegaria. Sentada en la silla de plástico duro junto a todas las otras Mucamas Alegres, hace una lista de compras y marca cada ítem con una cuenta. *Arroz, aceite vegetal, huevos, leche...* Hace una semana que llegó a Singapur y la Señora Elizabeth no le pidió que cocine nada de nada.

Las cuentas del rosario se deslizan por los dedos de Cora como agua. *Cebolla, ajo, jengibre, salsa de soja...* La sala de espera está repleta de mujeres: Señoras con sus mucamas, sentadas en las sillas de plástico unidas por hileras que dan a una recepción dividida en cubículos. Hay un cielo azul pintado en las cuatro paredes, con palabras como “felicidad”, “servicio” y otras por el estilo flotando en nubes blancas. En la pared que está detrás de la recepción hay una galería de fotos enmarcadas. “¡Nuestras mucamas más alegres!”. El cartel, hecho con letras de cumpleaños, se bambolea sobre fotos de mucamas que cuelgan la ropa en palos de bambú y pasan la aspiradora en alfombras persas. Hay jóvenes mucamas limpiando ketchup con esmero del rostro de niños pequeños y ayudando a personas mayores a sentarse en sillas de ruedas. Una mucama sonriente que viste *kerudung* sostiene la escoba como si fuera su mejor amiga. Debajo de cada foto hay una descripción de la nacionalidad de las mujeres y sus características destacables:

La mucama filipina es la favorita en Singapur por su buen nivel de español y sus modos amigables. Son buenas con los niños, las personas mayores y los animales. Salario mensual sugerido: \$580-750; no trabajan los feriados ni los domingos.

Las indonesias manejan todas las tareas del hogar, hasta la limpieza profunda de suelos y ventanas. Cocinan varios platos, pero tal vez no puedan manipular cerdo por

motivos religiosos. Salario mensual sugerido: \$580-650.
No trabajan algunos feriados ni domingos por medio.

¡NOVEDAD! La mucama de Myanmar: necesitará un poco de capacitación, especialmente sobre habitar edificios altos y otros aspectos de la vida en la ciudad, pero si usted tiene un presupuesto limitado, la chica myanmareña supone una buena relación costo-beneficio. Salario mensual sugerido: favor de consultar.

Cora cree que Mucamas Alegres tiene un ambiente más amigable comparado con esas agencias en la primera planta de este centro comercial silencioso. En los escaparates iluminados, aquellas mucamas muestran sus destrezas a potenciales clientes que están de paso. Deslizan planchas desenchufadas por camisas formales de hombre y trapean encimeras con el mismo movimiento circular toda la tarde. Hay una cocina de utilería, montada con un refrigerador y un fregadero donde una mucama enjuaga platos bajo un chorro imaginario. Cada superficie se ve tan brillante como un anuncio, y una mujer de blazer negro entallado, con gel en el cabello, desfila entre las mucamas asintiendo con aprobación.

Cuando Cora y la Señora Elizabeth pasaron por una de esas agencias camino a la otra planta, la Señora murmuró: “No hace falta ser tan *literal*” y sacudió el chal sobre los hombros. Cora asintió, luego se preguntó si había sido con demasiado entusiasmo. ¿Y si la Señora la estaba probando? ¿Quién era ella para criticar el modo en que las agencias publicitan sus

servicios? Entonces negó con la cabeza como si con ese gesto neutralizara su respuesta, salvo que ahora parecía que estaba en desacuerdo.

—¿Estás bien Cora? —le preguntó. Cora se llevó la mano al cuello.

—Estoy un poquito contracturada, Señora —dijo, y enseguida se preguntó si parecía una queja por los cojines de su habitación, que eran firmes y cómodos. Por suerte, ella no parecía haber notado nada, ya que estaba buscando el teléfono que vibraba en su cartera.

—Sube, Cora. Yo ya voy. —Desde la escalera mecánica, Cora vio a dos mucamas en el escaparate de la agencia de la primera planta haciendo la pantomima de una niñera alimentando a un bebé. Una tenía un babero de Paw Patrol y aplaudía mientras la otra daba cucharadas al aire en un recipiente de plástico y se lo servía en la boca.

Harina común, harina de arroz, aderezo para ensaladas, azúcar, queso en lonchas, copos de cereal... ¿Tiene alergias la Señora Elizabeth? Esas son las cosas que va a tener que adivinar, o esperar a que la Señora Elizabeth se las revele. Con suerte, será pronto. Hay empleadores cuyas preferencias y hábitos se mantienen en secreto por años, otros traen preparadas largas listas de todo lo que no les gusta.

La Señora Elizabeth charla con Cora desde que llegó, pero no dice nada relevante para la lista de compras. Sabe de sus hijas: Jaqueline, que es bancaria y vive en River Valley con su prometido suizo, y Cecilia, que va a la universidad en Nueva

York (está completando la carrera de grado en un programa de seis años, comentó la Señora con una ceja levantada).

—¿Tienes hijos? —le preguntó, y Cora pensó en la foto que guarda de su sobrino Raymond en el teléfono celular. La había sacado en el restaurante donde celebraron el cumpleaños de ella. Murió esa misma noche y desde entonces no puede verla.

—No tengo.

El difunto esposo de la Señora Elizabeth era Harold Lee, el fundador de Lee's Kopi, que murió tres años antes en un trágico accidente automovilístico.

—Lo ayudaba en alguna que otra cosa del negocio, pero más que nada era... —se frenó y le sonrió como si compartieran un chiste interno—. Era la Señora Lee.

Esto fue hace varios días y todavía no le detalló cuál iba a ser su trabajo. Tampoco necesita una descripción minuciosa. Conoce las tareas generales de un hogar: hacer la comida, la cama, barrer, limpiar los baños, quitar con la manguera el lodo de los autos, encender los repelentes de mosquitos, cambiar las bombillas de luz. Etcétera, etcétera. Pero, de momento, cada vez que trata de hacer algo, la Señora le pide que pare.

—Ay, Cora, no te molestes con eso —le dice, avergonzada, al verla quitando el polvo de los barrotes de la escalera o descolgando la ropa en el patio trasero. ¡Y el refrigerador! Los estantes están desolados salvo por un paquete de espinaca, un envase de pasta de jengibre y las sobras del *bistec Tagalog* del martes a la noche, cuando la Señora insistió en pedir comida a

domicilio de un restaurante filipino porque seguramente Cora extraña su país.

(A propósito, el *bistec* estaba bastante bien, aunque ella hubiera cocido la carne a fuego lento y bajo en vez de querer acelerar el proceso con un tiernizador, como es obvio que hicieron. Y se nota que usaron limón en lugar de *calamansi* porque la marinada no estaba tan ácida como debería...).

—¡Quiero hablar con la persona a cargo ya mismo!

La voz que corta los pensamientos de Cora viene del fondo de la sala. Las espaldas se enderezan automáticamente a medida que la reprimenda pasa por cada fila. Una mujer china de mediana edad con el ceño fruncido, el rostro muy maquillado y el cabello corto fijado con laca, marcha por el pasillo del recinto. Ante cada estocada que la mujer le da al suelo con sus tacones, la recepcionista se encoge en su asiento, hasta que ella misma termina casi en el suelo. Un hombre, también detrás del escritorio, toma unos papeles y va corriendo a la fotocopidora, cerca de donde está Cora. Los ve ir y venir en la máquina: están en blanco.

Para cuando esta mujer escandalosa llega a la recepción, queda una sola persona del equipo al frente. A través de los lentes redondos con marco dorado de la muchacha, Cora ve el miedo aumentado mil veces. Está determinada a resolver el asunto y es evidente: aprieta los dientes, luego se cruza de brazos y los vuelve a descruzar. La mujer exige a los gritos que venga la persona a cargo.

—Señora Fann, tiene que tomar un número —responde firme

la muchacha, acomodándose los lentes—. La atenderemos no bien...

—Quiero que me devuelvan el dinero —dice la señora Fann—. Quiero devolver mi mucama.

¿Devolverla a dónde? Ni que hubiera un depósito con todas las mucamas, apiladas como si fueran maniqués esperando que las elijan. Pero, bueno, habiendo visto a las de la agencia de la primera planta, sabe de dónde sacó esa idea la señora Fann.

—¿Cocina? Terrible. ¿Plancha? La ropa sigue arrugada. ¿Limpia? Es muy descuidada. Veo las marcas de jabón en el suelo. ¿Qué “felicidad” y “servicio” dicen ustedes que brindan? Cada mucama nueva es peor que la anterior.

—Entiendo, señora Fann, pero hay un procedimiento —insiste la muchacha de lentes—. Ya le explicamos la última vez que vino.

—La última vez que vine, Belinda Quek todavía manejaba esta agencia con eficacia. Es amiga mía de la iglesia y fue muy comprensiva. Ahora no sé quién está a cargo. Traté de llamar varias veces a la mañana y nadie me respondió. ¿Quién se ocupa del teléfono?

Varias miradas acusadoras se disparan entre los miembros del equipo. La de lentes se endereza e intenta adoptar un enfoque oficial:

—Si desea transferir a su mucama, hay que seguir los protocolos gubernamentales. Primero deberá contactarse con el Ministerio de Trabajo y...

–Llamé cuando venía hacia aquí –interrumpió la señora Fann–. Sistema automático, presione uno para esto, presione dos para aquello. Esperé a ver si podía hablar con un representante, y me pusieron en espera tanto tiempo que se cortó la llamada.

Cora sospecha que todo Singapur reconoce la voz de la señora Fann y se esconde no bien se acerca. Busca a la mucama en cuestión, pero la señora no la trajo.

–Solo dígame quién está a cargo así puedo hablarle.

La discusión sigue, la señora Fann revoleando las manos y Lentas tratando de calmarla. Pasaron a hablar en mandarín. Un bolso cuelga del codo de la señora Fann. Es sólida, de cuero azul marino, con hebillas doradas que hacen ruido de brazaletes cuando chocan y tiene un pañuelo de seda atado en las asas. Cora se imagina que va a salir un perrito del bolso, uno con orejas en punta y ladrido agudo que acentúe las acusaciones de la señora.

De alguna manera, Lentas la convence de tomar asiento. Ella lanza una mirada despectiva a la sala. Hay uno libre en la primera fila, al lado de Cora, pero no lo toma. Vuelve por el pasillo y se sienta al lado de otra Señora. Minutos después, la oye echando pestes, esta vez hablándole a la mujer de al lado.

–¿Como me van a mandar una mucama que no hace nada bien? Y ahora quiere un día libre a la semana. Le dije: “Eres nueva, estás ganando experiencia. Tienes suerte de tener trabajo siquiera”. De donde vienen no hay trabajo, ni las maestras ni las enfermeras ganan más de doscientos dólares por

mes. Aquí tiene alojamiento gratuito y comida en mi apartamento, es decir en mi *casa*. Y gana en dólares singapurenses ¿Y encima se queja?

Gracias al cielo que a Cora la contrataron directamente, por medio del círculo de amistades de su Señora. Usan la agencia nada más que para cerrar los trámites del permiso de trabajo. Si fuera por medio de ellos, no vería su salario en meses hasta que no terminara de pagar los cargos por intermediación. La que había sido su jefa algunos años atrás, la Señora Anne-Marie Gomez, no hizo ninguna pregunta cuando Cora se contactó con ella de la nada para consultarle si había algún trabajo en Singapur, y le recomendó a la Señora Elizabeth sin dudar.

—Es muy amable —le aseguró la Señora Annie y, en su corta estancia con la Señora Elizabeth, Cora ya sabe que es cierto. La Señora se esmera en llamar a todos sus vecinos por su nombre cuando los saluda. Los chicos que hacen entregas de GrabFood siempre reciben propinas generosas. Cuando venían para aquí, estacionó al ver un gato callejero vagando por la avenida principal. Desde el asiento de copiloto, Cora la observó levantarlo y caminar hasta el césped al final de la calle. Allí el gato saltó de sus brazos y se fue por los arbustos.

Sin embargo, no existe una empleadora tan amable que le pague nada más que para vivir en su enorme casa y no espere que haga ningún tipo de trabajo. Esta mañana Cora se despertó con la sensación incómoda de que la Señora había cambiado de parecer y el viaje a Mucamas Alegres era su manera educada de cancelar el permiso de trabajo. Entonces, cuando

entraban al centro comercial, miró la flecha que señalaba el supermercado y dijo: “Haremos unas compras luego. ¿Podrías preparar el almuerzo hoy?”.

¡Qué alivio! Los dedos inactivos de Cora habían estado jugando con el rosario desde que llegó a Singapur y ahora los podía poner a trabajar. Mientras la señora Fann sigue maldiciendo, se concentra en sumar productos a la lista. Puede hacer una ensalada César con pechuga de pollo, tocino frito y un aderezo especial si en Cold Storage tienen esas botellas de anchoas que les compraba a los Calvert, sus jefes estadounidenses en Manila.

Ahora que los empleados de la agencia volvieron a sus lugares, se ponen a teclear y responder llamadas otra vez. Un nerviosismo resuena en el aire mientras la señora Fann se sigue quejando.

–Por lo menos, la mucama anterior era juiciosa –dice–. Yo no puedo demostrar que esta haya hecho nada, pero alcanza con que la mire; mírela *una vez*, y ya sabe qué clase de chica es y qué hará en su día libre.

Cora no se da vuelta, pero, por lo que oye, la señora Fann le está mostrando una foto en el teléfono a la mujer que tiene al lado, que murmura dándole la razón.

–¿Corazón Bautista? –la llama el hombre de recepción moviendo papeles sobre el escritorio.

–Sí –dice levantando la mano y mirando por encima del hombro. *¿Dónde está la Señora Elizabeth?* Saca su teléfono para mandarle un mensaje corto: “Señora, me están llamando.

¿Viene?”. La segunda oración le parece un poco agresiva y la borra. Entonces cambia “Señora” por “Señora Elizabeth”, pero el dedo se le resbala por la tecla de mayúsculas. ¿Hace falta? Es obvio que le está hablando a ella. Agrega “Querida” antes de “Señora Elizabeth”.

“Querida Señora Elizabeth. Me están llamando. Espero verla pronto. Con mucho cariño, Corazón Bautista”.

¿Qué es esto? ¿Una carta de amor? El hombre la vuelve a llamar, esta vez más fuerte.

El pulgar se le resbala y cae en el menú de emoticonos. Aprieta “eliminar” varias veces, borrando el mensaje entero y reemplazándolo con símbolos.

—¡No! —grita saltando de su asiento. El hombre la mira desconcertado.

—¿Usted no es Corazón Bautista?

Horrorizada, se da cuenta de que le envió a la Señora Elizabeth una fila de bailarinas de salsa y una vaca.

—Soy Corazón. Mi Señora está viniendo —dice, acercándose. Se acomoda en la silla delante de él, aún con una mirada consternada hacia el teléfono.

—Su pasaporte y formulario de trabajo, por favor. —Se le fue la confusión, y la cambió por un gesto parecido al de la tal Señora Fann. Cora saca una carpeta de plástico de su bolso y sacude el pasaporte.

—El formulario lo tiene la Señora.

Él lo abre y teclea los detalles en el sistema de la computadora. Cora se pregunta si su viejo pasaporte todavía estará

escaneado en el sistema del gobierno. Los años le dejaron marcas al costado de los ojos y la gravedad le empujó hacia abajo la piel del mentón. Para su primera foto, una Cora de veinticuatro años se había puesto lápiz labial y se había planchado el cabello, que le llegaba a los hombros. Volar era un acontecimiento en esa época, incluso si una se iba afuera para limpiar casas. A los cincuenta y dos, su estilo prioriza la practicidad: camisetas de algodón que no se arrugan con facilidad y un corte taza para que no le transpire la nuca.

—¿Ya había trabajado en Singapur?

—Sí, señor. De 1991 hasta 2007.

¿Cuánta información hay registrada en el sistema? ¿Sabrán de sus primeros empleadores? Una familia de tres generaciones que vivía en una vivienda adosada en Serangoon Gardens, donde a veces pasaban serpientes por la entrada. ¿Y la Señora Motwani, que le enseñó a cocinar deliciosos platos Korma que todavía huele en sueños? ¿Sabrán del esposo de la Señora Roberta, que una vez le arrojó un cenicero a Cora porque estaba convencido de que ella había echado a la basura un cupón del estacionamiento?

La expresión del hombre no deja entrever nada mientras sigue tecleando. Tiene dedos largos y finos, y un anillo de jade en el meñique. Cora mira la alhaja que toma la luz fluorescente y la transforma en algo más suave, pero desvía la mirada cuando él se da cuenta. Esto le recuerda que nunca debe quedarse observando nada; mucha gente desconoce la diferencia entre la admiración y la envidia.

Por fin llega la Señora Elizabeth y arrastra una silla a su lado.

–Disculpen.

Se la nota un poco preocupada. Cora se pregunta si se habrá tomado a las bailarinas de salsa como un insulto, vaya uno a saber qué significa. Se enteró hace muy poco lo que quiere decir la berenjena y le pareció un horror, con todas las veces que se la mandó a Maddy Calvert para decirle que iba a hacerle su lasaña preferida.

La Señora Elizabeth saca los informes del bolso y los desliza por la mesa. El hombre los despliega como un abanico y en cada espacio para firmar hace una X. Golpea el bolígrafo impaciente hacia Cora. Todas las demás preguntas están dirigidas a la Señora Elizabeth.

–¿Se hizo estudios médicos? ¿Ningún problema de salud? ¿Enfermedades? ¿Radiografías bien, VIH negativo? ¿Tiene menos de sesenta años? ¿La contrataron desde Filipinas?

Sí, sí, sí, La Señora Elizabeth responde a todo, pero entonces viene la pregunta de su empleadora anterior.

–Estaba contratada con sus jefes previos. ¿Dónde está la carta de cese laboral? –pregunta el hombre.

Cora se queda helada.

–¿Carta de cese laboral? –repite. No se le ocurrió que importara cómo se fue de lo de los Calverts, en tanto se hubiera ido del país y ya. Habían vuelto a Estados Unidos por las vacaciones de verano cuando decidió irse y no había tiempo de pedir ninguna carta. Nada más hizo sus maletas y dejó una

nota: “Señor Jack y Señora Patricia: Lo siento mucho, pero debo regresar por motivos personales. Madison, Sierra y Bennett, los voy a extrañar mucho”. Apretó su único arete de oro contra la palma del guardia para que demorara a los hombres si la iban a buscar.

–Sí, la carta de cese –le respondió hablando lento, como si ella no entendiera español–. Se la tenemos que entregar al ministerio, en caso de que haya preguntas sobre su traslado y experiencia laboral.

Cora busca una explicación en su mente, pero la encuentra atiborrada de compras. *Lechuga arrepollada, aderezo ranchero, ajo. Había dos marcas de anchoas, pero la Señora Calvert prefería la de letras doradas. ¿Cómo se llamaba?*

–No la necesitamos ahora mismo, ¿no? –pregunta la Señora Elizabeth, mirando su reloj de brazaletes plateado–. Es una buena empleada, me la recomendó mi amiga. Seguro que no va a haber problema.

–Puedo hacer ensalada César –las palabras brotan de la boca de Cora como de un grifo herrumbrado, como si hubiese estado conteniendo la respiración varios días. No sabe si es por eso que la Señora Elizabeth no hizo muchas preguntas hasta ahora.

El hombre la mira extrañado y vuelve a teclear, entonces se frena y se queda mirando la pantalla. Su rostro está hecho un nudo de concentración y, por un instante, Cora teme que haya descubierto todo. Es imposible, su nombre no figuraba en las noticias, pero le late tan fuerte el corazón que seguramente

todas las Mucamas Alegres y su Señora lo oyen. ¿Y si le revocan el permiso de trabajo? ¿Y si la mandan hoy mismo en avión de vuelta a Manila? Aplasta el rosario contra la palma.

–Bien –murmura el hombre, apilando los papeles en una carpeta de cartón.

–¿Ya está? –dice la Señora–. Muchas gracias. –Toma su bolso y tira del chal para que le cubra los hombros delgados. El aire acondicionado eriza el vello de los brazos de Cora.

Mientras salen de la agencia, se da cuenta de que tal vez ahora la Señora Elizabeth se esté haciendo algunas preguntas. Sigue apretando el rosario, las cuentas le muerden la piel. *Por favor, que no me pregunte qué pasó en Manila*, le ruega a Dios, que dejó de escucharla el día que Raymond murió. No le quiere mentir a esta Señora de buen corazón, pero lo va a tener que hacer si es para que no la manden a casa.

–¿Elizabeth Lee?

Ambas se dan vuelta y ven a la señora Fann yendo hacia ellas, con los brazos abiertos. Sonríe como si un dentista tuviera que ver cada uno de sus dientes.

–¡Taaaaaanto tiempo! ¿Cómo estááás? –arrulla, frunciendo los labios para tirar besos al aire mientras se acerca. La furia que tenía desapareció. Cora no sabe si se lo imaginó, pero antes de que los besos de la señora Fann aterrizaran en la mejilla de la Señora Elizabeth, dejó escapar un gruñido silencioso que sonó parecido a “uy, no”.

–Estoy bien, Poh Choo –responde, con una sonrisa débil–. Tenía que hacer unos trámites, llenar formularios y a medio

camino de completarlos, recordé que Belinda Quek tiene una agencia y se me ocurrió que iba a ser más fácil si lo hacían ellos. Ella es mi nueva empleada, Cora.

La señora Fann la mira un instante mientras entrelaza su brazo con el de la Señora Elizabeth.

—Nos *tenemos* que juntar, pasó *tanto* tiempo. ¿Cómo está Cecilia? Los chicos se van al exterior y después no quieren volver, ¿no? Les gusta ese estilo de vida *ang moh* más relajado. ¡Jaja! Sé que a Jacqueline le está yendo bien. Escuché que con su prometido cerraron la venta de un apartamento en Quayside Suites. Compraron casa, mmhmm. ¿Antes de casarse?

Por vez primera, Cora nota que la Señora Elizabeth puede ser distante. Con la excusa de acomodarse el chal, se suelta del brazo de la señora Fann y da respuestas cortas. Pero ella no capta la indirecta. Cuanto más se retrae la Señora, más fuerte y aguda suena la voz de la señora Fann. Forman un convoy tambaleante rumbo a la escalera, la Señora Elizabeth se aleja, la Señora Fann la empuja hacia ella y Cora va rezagada dos pasos atrás.

La Señora Fann sigue parlotando:

—Belinda Quek es mi amiga. *Lah*, bueno, ¿pero esta chica que me mandó la agencia? Una pesadilla. Qué suerte que nunca tuviste que lidiar con eso, aunque no sé cómo hacías antes para mantener una casa tan grande sin servicio.

Cora sabe que la primera regla de las mucamas es la invisibilidad: esforzarse en hacer desaparecer las manchas de sopa espectrales de los manteles *kopitiam*. Ir sigilosa de una habitación

a otra y fingir que no sabe nada a menos que se lo cuenten. Pero no puede ocultar su sorpresa al oír esas palabras. ¿Los Lee nunca tuvieron mucama? ¿Cómo hacían con la comida, la limpieza? Entre la sala, el comedor y los cinco dormitorios de arriba, solo lavar las cortinas era un día de trabajo. ¿Quién barría las hojas secas del gran patio trasero, o entraba la ropa colgada al primer runrún de tormenta? No se puede imaginar a la Señora Elizabeth, con toda su gracia y postura, de rodillas fregando el suelo. Sin embargo, la casa estaba limpia cuando llegó, tal vez un poco vacía la despensa.

Los ojos de la Señora Fann se entrecierran cuando la pesca prestando atención. Le da un empujoncito a la Señora y dice algo en mandarín. La Señora Elizabeth responde en español:

–Crear confianza es un ida y vuelta, ¿no crees, Poh Choo?

Su respuesta hace sonrojar a la Señora Fann. Se aleja de la Señora con un pasito corto y su tono se vuelve frío.

–Espero que sea cierto. Las mucamas viejas suelen ser mejores, de todos modos. ¿Verdad? La edad las pone más lentas, las hace más sensatas, quizás. Ahí está la mía, por cierto.

Cora sigue el movimiento de cabeza de la señora Fann y enseguida ve el problema. Vestida con una camiseta sin mangas color rosa pegada al cuerpo y un diminuto short de jean blanco que deja ver las piernas delgadas, esta chica da la impresión de no disculparse por nada. Las piedras en sus aretes de argolla brillan cuando mueve el cabello de un lado al otro. Si el esposo de la señora Fann tiene ojos curiosos, puede ser que tenga motivos para preocuparse.

Hace mucho, escuchó a su empleadora, la Señora Motwani, recomendarle a una vecina que no contratara mucamas bonitas.

—¿Viste la mía? Nada que temer —dijo, sin tomarse la molestia de bajar la voz, como si pensara que era sorda además de fea. Con su cabello brillante y ojos bien delineados, la mucama de la Señora Fann es muy impactante y parece que lo sabe. El bolso que se balancea desde el hombro combina con su labial y esmalte rojo cereza. Sostiene con desgano dos bolsas de Cold Storage, como si quisiera olvidarlas.

La Señora Elizabeth y Cora van con la Señora Fann al supermercado y, mientras la Señora Fann inspecciona el contenido de las bolsas, Cora le hace una sonrisa comprensiva a la muchacha. Ella le responde con una mirada fría. Un joven de jean y sandalias pasa y se le queda mirando tanto que se choca con el carrito a la entrada del supermercado donde una empleada vende una nueva pizza con gusto a matcha. Les ofrece muestras y la Señora se frena para probar.

—Es... interesante —le dice a la vendedora, que sonrío como si le hubieran dicho el mejor de los elogios. Sostiene una bandeja y les cuenta de los otros sabores: frijoles rojos, chile con mango, gambas con durian y cerdo agripicante. La Señora prueba el de mango sin entusiasmo.

—Este es un poco mejor —dice poco convencida.

—¡Donita! ¡Dije “nada de pechuga”! —estalla la voz de la Señora Fann.

Sí, *ya entendimos*, Cora está tentada de decir. ¿Cuántos

defectos más le va a encontrar a su mucama, que claramente desconoce las reglas tácitas de la modestia? Entonces ve a la Señora Fann con un paquete de filetes de pollo en la mano.

–No puedo cocinar con esto. ¿Entiendes? Necesito los huesos para el caldo de la sopa –grita. La voz hace eco en las paredes.

–¿Ves lo que digo? –le pregunta a la Señora–. Entiende mal cada cosita. Se supone que nos van a facilitar la vida, pero trabajo el doble por corregirla.

–Seguro es así los primeros días –contesta la Señora Elizabeth–. Dale un tiempo para que se adapte. –Le ofrece una sonrisa tranquilizadora, pero la expresión lúgubre de la chica no cambia.

–Ay, Elizabeth, eres muy paciente –replica la Señora Fann, luego mira alrededor con aire conspirativo antes de seguir–. Pienso que los estándares de Belinda Quek están bajando. Hasta el personal de la oficina empeoró. Por fin logré que la recepcionista me dijera dónde está y me respondió “reclutando en Myanmar”. Antes era Mucamas Alegres, ahora es Mucamas Económicas. Para ser honesta, tenía ganas de ir a otro lado a contratar un mejor servicio ¿Pero cómo iba a quedar? ¿Y si se enteraba?

Mientras se lanza a otra letanía de quejidos, Cora se presenta con Donita en tagalo:¹

–Corazón Bautista, de Manila.

¹ Lengua malayopolinesia que se habla en Filipinas, principalmente en Luzón [<https://dle.rae.es/tagalo?m=form>]. N. de la E.

–Donita –le brillan los ojos ante la oportunidad de decir su nombre.

Cora siente una punzada: Raymond tenía más o menos la misma edad. Si viviera, hubiera estado como el joven de sandalias, que sigue cerca, sufriendo muestra tras muestra de sabores de pizza horribles en un esfuerzo por ver de cerca a Donita.

Cora le echa una mirada furtiva a la Señora Fann.

–¿Siempre es así?

–Hasta ahora... –contesta Donita–. No me da instrucciones concretas así puede reprenderme por no leerle la mente. –Le muestra la mano, que tiembla de *pasma*–. Anoche me hizo lavar toda la ropa a mano porque le pregunté cómo se usa el lavarropas. Me dijo: “Tal vez luego de esto harás el esfuerzo de aprender”.

Donita habla tagalo con un fuerte acento ilocano.

–¿Eres del norte? –le pregunta.

Donita asiente y pasa un destello de nostalgia en su mirada cuando hablan de su hogar. Cora también lo reconoce; los primeros meses son los más difíciles. Quiere decirle que va a estar mejor, pero sabe lo largo que puede ser el camino con jefas como la Señora Fann.

–Pequeño consejo –le dice–, si te cubres un poco, puede que te las haga pasar menos duras.

El gesto de Donita vuelve a endurecerse y, con un movimiento desafiante en el mentón, responde:

–Yo soy así. Y si no le gusta, problema suyo.

La respuesta le tuerce algo en el estómago. Puede que Donita sea muy joven e idealista para entender que aquí a nadie le importa quién es. Los pensamientos se le van hasta sus propios veinte años, rizando su cabello para la foto del pasaporte, pensando que seguro las autoridades la iban a ver como a una persona digna de respeto. Seguro que la familia de Serangoon Gardens no la haría dormir en un cobertizo de lata afuera teniendo dos dormitorios libres, seguro que los niños Motwani dejarían de gritarse “eres más estúpido que la mucama” como un insulto. Seguro que el esposo de la Señora Roberta, que siempre ponía todo en cualquier lugar, no la acusaría de haber tirado su cupón de estacionamiento a la basura. En el momento en que tomaba el cenicero y preparaba el brazo, el tiempo se ralentizaba para activar su negación por última vez: *seguro que esto no me está pasando a mí*, antes de que aterrizara con un golpe cegador en el tabique de la nariz.

Por supuesto que no dice nada de eso y Donita ya le está dando la espalda porque la Señora Fann la llama para que se apure para volver al supermercado y devolver el resto de las compras que hizo mal.

–Elizabeth, tenemos que encontrarnos para ponernos al día en algún momento, ¿mmhm? –la llama la Señora Fann por encima del hombro. La Señora Elizabeth sonrío y la saluda con la mano.

–Que tengas lindo día, Poh Choo. Adiós, Donita.

Caminan en dirección opuesta, hacia el elevador para ir al estacionamiento donde la Señora dejó el auto. Cora tiene

que apresurarse para seguirle el ritmo, parece que tiene prisa por irse. No le hace acordar que todavía tienen que hacer compras. Le basta con estar feliz de dejar a la Señora Fann y Donita atrás.